

PILAR ZAPATA BOSCH

## EL MATACANDELAS

Tras novecientos años y pico de estar Dios enfadado conmigo, ahora tiene a bien perdonarme con la condición de que cuente mi historia, aunque no en latín, como me gustaría, sino en la lengua actual, que sólo conozco por habérsela escuchado a los que visitan el monasterio, y en la que me expresaré de mala forma.

Pero quiere así humillar mi soberbia de escritor y latinista, por la que descuidé mis deberes de cristiano.

Y, puesto que he de hacerlo, empiezo: hace casi mil años que nací en lo que ahora llaman Villavelayo, una aldea que luego fue famosa gracias a mi poema a Santa Oria, que también vino allí al mundo antes de mediar el siglo oncenno, cuando yo era ya un mozo cumplido y había decidido hacerme fraile.

Aunque no fue el amor de Dios lo que me trajo a este monasterio, ni tampoco evitar las labores del campo ni las disputas con los moros que pretendían estirar sus lindes, no, sino mi afición a las letras. Desde niño me maravillaron las palabras escritas, tan parecidas entre sí y tan diferentes, que se convertían en sonidos por arte de magia, cuando alguien las sabía interpretar. Me admiraba que sólo con posar la vista en unos signos pudiera uno saber a ciencia cierta que quien lo escribió quiso decir “luna” o “cántaro”, y sentir en la boca la honda frescura del cántaro o de la luna.

Así que, en cuanto vi las primeras letras, y bien pocas había que ver en mi aldea, no tuve otro deseo que aprenderlas. Mi padre, que era dueño de tres yugadas de tierra y de dos bueyes, no sabía leer ni escribir y quería que yo, su único hijo varón, siguiera sus pasos. Pero a mí el campo no me gustaba, y no hacía más que pensar cómo podría escapar de mi aldea.

Y sucedió, porque Dios lo quiso así, según Él mismo insiste, que, cuando aún era un zagal, un clérigo de San Millán, pariente nuestro lejano que iba de camino al monasterio, cayó enfermo y pasó varias semanas en mi casa, al cuidado de mi madre y de mis tías. Y el tal traía consigo un pliego de rezos que consultaba a cada paso y que me asombró tanto que él, al darse cuenta de mi interés, me enseñó a descifrar las letras, y me explicó que era un texto en latín, una lengua tan maravillosa que las cosas se transformaban en santas al nombrarlas con ella.

Cuando se fue con sus latines, supe que no descansaría hasta hacer mío aquel tesoro, y para aprenderlo no había más medio que ingresar en un convento. Mi padre montó en cólera cuando se lo dije, y mi madre me miraba amedrentada, pero me empeñé en que era Dios quien me llamaba, y en que si le hacía un desaire, podía vengarse arruinando la cosecha y matando a los bueyes, y al final me dejaron marchar, aunque sin darme nada de dote.

De esa guisa entré en este monasterio de San Millán una mañana del mes de marzo del mil cuarenta y tantos, sin más tenencia que un hábito que me había hecho nuestra vecina Amuña, una viuda muy dada a la oración pero poco hábil para la costura. Así que, como a todos los clérigos pobres, me destinaron a las tareas más duras, pero yo me las arreglé para pasarme el día en la iglesia frotando los dorados y los broncees, remendando las ropas litúrgicas, dando cera a las maderas, y escuchando a la vez con deleite los latines de cada hora de oración, que flotaban adormecidos en las sombras de los rincones y de las columnas. Cuando el templo se quedaba vacío, apagaba las lámparas y ciriales con el maticandela, y por esto y porque era huraño y retraído en el trato, mis compañeros empezaron a llamarme de ese modo.

Pero a mí me tenía sin cuidado aquel hatajo de simples. Lo que me había propuesto, y lo que conseguí, fue ganarme la confianza de mis superiores, que, viendo

mi esmero con los delicados objetos litúrgicos, a los dos o tres años me encomendaran el cuidado del mayor tesoro del monasterio: la biblioteca con su archivo.

La primera vez que entré allí me mareó el olor a madera, a piel y a tinta, los destellos cobrizos que el sol abría en el techo y que se derramaban sobre los anaqueles y los lomos de los códices. Aunque lo que más me impresionó fueron las mesas donde unos frailes, para mí los más venturosos de este mundo, copiaban los antiguos escritos en un silencio preñado de palabras. Frente a esa beatitud tan terrenal poco importaba que existiera el cielo ni la vida eterna. O por lo menos eso pensé yo entonces.

Estuve cumpliendo meticulosamente mi trabajo allí, a la espera de que llegara el día en que, en lugar de frotar los libros por fuera, pudiera leerlos y ser capaz de entenderlos. Pero ese día no iba a llegar si no le metía prisa, de modo que una tarde, cuando se marcharon los copistas y antes de que fuera el abad a cerrar el archivo, cogí un códice al que ya le había echado el ojo, y salí corriendo con él abrazado a mi pecho como alma que lleva el diablo, y sabiendo que acababa de venderme a él por un puñado de palabras, aunque fueran sagradas y sonaran a música celestial.

Sin embargo el libro era mío de momento, y aquella noche la pasé en vela estudiando de memoria algunos párrafos hasta que se acabó el aceite del candil, y entonces intenté recordarlos desde mi lecho, mientras la luna remontaba el río dejando los campos y los montes entintados de blanco, y se asomaba por mi ventanuco, como si respondiera al conjuro de mis susurros.

Me di cuenta de que entendía bastante de los textos gracias al tiempo que llevaba repitiendo oraciones en latín, aunque en seguida me entró la aprensión contraria: todo lo que me quedaba por aprender. Para remediarlo, estudiaba robando horas al sueño, a la oración, o a lo que fuere menester, y hasta subí a mi celda una pluma vieja que habían desechado los copistas y un pocillo de tinta, y me puse a anotar en los

márgenes del libro el significado de las palabras más oscuras, traducidas a la jerga de mi pueblo, que era la única lengua en la que me movía con soltura.

A veces la conciencia me advertía de que hacía mal garrapateando allí, pero aquellas notas me ayudaron mucho, y al poco tiempo acabé el estudio del códice y lo devolví al archivo sustituyéndolo por otro, y éste por otro nuevo, aunque a esas alturas ya sabía latín como el que más, y no necesitaba poner ninguna aclaración al margen.

Entonces fue cuando me entró el remordimiento de haber estropeado los escritos sagrados con mis desmañados apuntes, pero lo acallé, y sólo me preocupé de que llegara a oídos del abad mi pericia como latinista. Y así ocurrió, y él, en vez de recelar de que un medio analfabeto hubiese logrado tal perfección, creyó que era un milagro que Dios había obrado en mí, y me asignó una mesa de copista en la biblioteca.

No puedo expresar lo feliz que me sentía encerrado en mis letras, transcribiendo aquellos textos sonoros con mi minuciosa y regular escritura... Feliz, hasta que mi alma se cansó de lo que tanto había ansiado y puso su afán en un objetivo más difícil, y así empecé a desear que me nombraran escriba del monasterio.

También me concedió eso Dios, aunque yo en mi vanidad lo achaqué entonces a mis méritos. Y es que, de ser Dios el autor, entonces fue Él también quien acabó con dos vidas para que ocupara yo ese puesto, y si está leyendo esto mientras lo escribo, habrá de darme la razón por fuerza. Porque fue preciso que murieran el antiguo escriba y mi propio padre: el primero, por motivos obvios, y el segundo, porque así cobré mi herencia y llevé al monasterio una dote, pues sin ella ningún clérigo podía aspirar a un cargo importante.

Al cabo de algunos años como escriba otra vez empecé a cansarme de mis logros y a poner las miras en un punto más alto: ya no me conformaba con redactar para otros, sino que pretendía componer yo mismo una obra literaria en un latín tan solemne

y profundo que dejara pasmados a los siglos venideros. Aunque esta vez parecía que Dios andaba distraído, porque no se me ocurría ningún tema en el que ejercitar mi destreza, y ya desesperaba de conseguirlo, cuando un día de verano aparecieron en el monasterio una vieja y una moza.

¡Y qué moza, Dios mío! En mis cuarenta años de vida nunca había sentido la llamada de la carne, ni siquiera antes de entrar en el convento, cuando vivía rodeado de mujeres, y después, ya de clérigo, me parecían exageradas las precauciones de otros frailes, que ayunaban y se flagelaban para alejar las tentaciones del cuerpo. Sin embargo cuando vi aquellos ojos relucientes, aquellas mejillas arreboladas del camino, aquellas redondeces multiplicadas en mi imaginación por culpa del piadoso sayo pardo que la cubría hasta la nariz, me poseyó tanta desazón como si la sangre se me hubiera hecho vino en las venas.

Me enteré por el abad de que venían de mi pueblo, y de que la vieja, escondida también tras su manto, era Amuña, la vecina que me había cosido el hábito, y la más joven, su hija Oria, y que acudían como penitentes a pedir consejo porque ambas ansiaban emparejarse.

Que lo ansiara la madre no me impresionó demasiado, pero lo que no me entraba en mientes era que una muchacha rebosante de salud pretendiera enterrarse viva, así que en seguida me ofrecí a ser su consejero con el oculto propósito de apartarla de tan cruel suplicio. A tal fin les encomendé unos ejercicios y oraciones que las ocuparían varios meses, y les mandé que no volvieran antes de haberlos realizado.

Cuando se fueron, comprendí que acababa de enfermar de amor.

Sin embargo no quise apagar mi deseo recurriendo a los métodos convencionales, de modo que, en vez de mortificar mi cuerpo, que bastante dolorido lo tenía de la postura continua de escribir, me propuse encauzar hacia el cielo aquella

explosión de sentimiento, no tanto por el respeto a Dios debido como para no poner en peligro mi prestigio en la congregación.

De modo que uní mi nueva pasión, si este nombre puedo darle, al viejo vicio de la literatura, y de cada visita de Oria, cuyo sacrificio iba yo aplazando, sacaba una estrofa en loor a la Virgen. No era difícil porque ella me contaba unas visiones de Nuestra Señora que tenía, y yo las transcribía al latín sublimando mi deseo en palabras tan elevadas que me asombraban a mí mismo.

Entre tanto llegó el día en el que ya no pude contener el afán de madre e hija de encerrarse a solas con Dios hasta la muerte. Incluso el propio abad se extrañó de mi reticencia, de modo que me vi forzado, como escriba que era, a redactar los permisos para que se cumpliera aquel deseo. El de Amuña lo concluí en seguida, pero el de Oria me costó lágrimas de sangre, aunque al final conseguí que a ella la emparedasen en nuestro monasterio, y que abrieran un hueco en el muro frente al altar mayor para que pudiera seguir la liturgia desde su encierro y hablar con los fieles que iban a pedirle consejo.

Y, principalmente, para tenerla yo al alcance de mis ojos.

Así fui testigo de cómo la amurada iba perdiendo el color y languideciendo poco a poco. Y también su espíritu enfermó porque, en lugar de ver a la Virgen como hasta entonces, empezó a ver al diablo que venía a tentarla, y sufría y deliraba, y a mí se me iba el alma en su tormento. El abad me explicó que aquellas visiones horrendas no eran más que pruebas de su amor por Dios, a las que el mismo Dios la sometía, pero no me convencía, porque si Él lo sabe todo, según dice, no necesitará demostración alguna, y no debió permitir que Oria sufriese tanto por su culpa.

Aunque me callo, no vaya a airarse el Omnipotente y me deniegue el perdón que estoy tramitando en esta instancia.

Acabé por no poder mirar a la amurada en tan miserable estado, y sólo acudía cuando ella me llamaba, y aun así desviaba los ojos para no ser testigo de su decrepitud, y la nariz para no aspirar la podredumbre que emanaba de su cuerpo, que antaño olía a jazmín. De modo que el tiempo que antes pasaba en la iglesia contemplándola, lo dediqué a pergeñar en mi celda lo que juzgué que sería mi gran obra: la vida de Oria y su heroica muerte.

Porque murió y tapiaron de nuevo la pared, como si nada hubiera acaecido.

Yo la sobreviví más de quince años y durante ellos acabé de escribir la historia que su recuerdo me iba dictando, y la compuse en un latín tan sublime que nos elevó a ambos a los cielos de la gloria, a ella por santa y a mí por excelente poeta. A tal punto llegó nuestra fama que se hicieron eco del poema los estudiosos posteriores, entre ellos un clérigo llamado Gonzalo de Berceo, que lo puso todo en román paladino y con bastantes yerros, porque es una necedad acomodar los versos a una lengua villana. Sin embargo Dios castigó mi engreimiento haciendo que se quemara el archivo que contenía mi obra, para que perdurase sólo la del tal fraile, que le ha dado un renombre inmerecido.

Aunque sigo con mi historia: pasó el tiempo y cuando ya sentía próximo mi fin recordé mis torpes apuntes de principiante, en los que cualquiera podía reconocer mi letra, y decidí arrancar las páginas anotadas. Pero dispuso Dios para humillarme que no hallara los códices en su antiguo lugar, porque estaban colocando de otro modo la biblioteca y el archivo, y no me atreví a pedirselos a nadie por miedo a que descubrieran mi delito. Así que, por empeño que puse en encontrarlos con mis manos ya temblonas y mis ojos faltos de luz, antes de que diera yo con ellos, dio la muerte conmigo.

Me morí, sí, aunque el afán de destruir aquellas pruebas de mi ignorancia no me dejó descansar en paz, conque seguí buscándolas durante siglos entre los

polvorientos pergaminos de la biblioteca. Y lo que el Señor no puso a mi alcance en cientos de años, quiso que lo hallara en un momento un arquitecto que vino a restaurar el claustro, y que se encaprichó con aquellos códices y pidió permiso para llevárselos. Al principio suspiré aliviado, creyendo que los guardaría en su casa donde no los viera nadie, pero el hombre se los enseñó a un gramático, al que, también por voluntad divina, le interesaron sobremanera mis dichosos apuntes. Y no sé cómo se las apañaron que a partir de entonces figuran en multitud de libros para mi vergüenza.

Aunque tampoco así se aplacó la ira divina, sino que lo peor ha sucedido últimamente: le ha encomendado al diablo que invente un ingenio maléfico que habla solo y tiene un vidrio embrujado, a través del cual van saliendo en mágica sucesión las páginas que yo anoté con aquellas palabras pueblerinas, y, por su voluntad, lo han colocado a la entrada del museo que hay ahora en el monasterio para que todos los visitantes se asomen a verlas. Pero no queda ahí la cosa, sino que he oído decir a los frailes que mucha gente tiene una de estas máquinas en su casa, y que, con sólo escribir el nombre de San Millán, aparecen en el vidrio los códices con sus márgenes profanados por mis apuntes, indicando claramente quién los hizo.

De modo que yo, el prestigioso latinista que compuso el poema a Santa Oria, he pasado a la posteridad como el iletrado autor de unos necios garrapatos.

Así ha cumplido Dios su venganza y así acabo yo mi narración, con la esperanza de conseguir que por medio de ella se apiade de mí y me deje descansar por fin en brazos de la muerte, y no me obligue a sufrir la deshonra y la humillación de ver como las generaciones de hoy y las venideras, no conociendo los escritos de Munio el poeta, se burlan y se ríen de Muñoz, el rústico maticandelas que una vez fui.

Munius scripsit.